

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Eguílaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.



CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.

CARTA NOVENA.

JOSÉ ES RECONOCIDO POR SUS HERMANOS.

El hambre continuaba; el trigo que los hijos de Jacob habían llevado de Egipto estaba casi concluido. Jacob dijo á sus hijos que era preciso que volviesen para comprar más grano; pero estos le contestaron que despues de lo que les habia dicho el primer ministro del rey, no podian presentarse delante de él, sin llevar á Benjamin. Judá hizo presente á su padre con insistencia, que no habia otro medio de adquirir el sustento y que era necesario que dejase partir á Benjamin, sino queria hacer perecer á toda su familia. Aquel decia á Jacob: envid vuestro hijo conmigo, yo me encargo de él, y si no os le vuelvo á traer no me perdoneis jamás. Pues bien, dijo entonces Jacob, puesto que es una cosa necesaria, haced lo que deseais: y les ordenó que tomasen los frutos más hermosos del pais para hacer con ellos un regalo al ministro del rey. Les hizo tambien coger, para devolverle, el dinero que habia encontrado en los sacos, temiendo que esto hubiese sido efecto de alguna equivocacion. Marchad, les dijo en fin, y que Dios os proteja, entre tanto yo quedaré sólo como si no tuviera hijos.—Vedlos, pues, amiguitos míos, que parten todos juntos llevando á Benjamin con her-

mosos regalos para José y el doble del dinero que habia tomado la primera vez.

Llegaron á Egipto y se presentaron á José. Así que éste los vió llevando á Benjamin con ellos, dijo á su Intendente: «Haced entrar á esas gentes y preparad un gran convite, porque hoy comerán conmigo. El Intendente se acercó, pues, á ellos para cumplimentar la orden de su señor; estaban sorprendidos y creyendo que iba á reprenderles por haber tomado el dinero que habian encontrado en sus sacos, le dijeron que no sabian cómo aquello habia sucedido y que para probar que no habian sido ellos los que le habian cogido, lo traian para devolverle. El Intendente los calmó y les dijo: no temais, Dios ha sido quien os ha hecho encontrar el dinero en vuestros sacos, porque yo recibí el que me disteis para pagar el trigo. No queria descubrir que el bondadoso José era el autor de todo lo acaecido.

En seguida trajeron á Simeon, su hermano, que como sabeis, habia quedado preso, mientras ellos volvian al lado de Jacob. Después le llevaron agua para lavarle los piés, porque en aquel tiempo, queridos niños, cuando se recibia á alguno se le llevaba al momento agua para que pudiera lavarse los piés; y si no se hacia esto, parecia que no se estaba en buena armonía con el que visitaba, y que no se le recibia con gusto.

Por fin se presentó José. Al instante sus hermanos se echaron á sus piés y le ofrecieron los regalos que habian traído. José les saludó con mucha bondad y como se acordaba sin cesar de su padre les dijo: vuestro padre, ese buen anciano-

no de quien me habeis hablado, ¿vive todavía? ¿Cómo está? Ellos le respondieron: nuestro padre, vuestro servidor, vive todavía y está bueno; y al decir esto se prosternaron una vez más. José descubrió á Benjamin, y preguntó: es éste vuestro jóven hermano aquel de quien me habeis hablado? Después dijo á Benjamin: hijo mio que Dios os bendiga! Y se apresuró á salir á otra sala, porque al ver á Benjamin á quien amaba tanto, no podia contener sus lágrimas. Al poco rato volvió al lado de sus hermanos y habiendo mandado que les sirviesen la comida, se sentó á la mesa con ellos. Era una comida magnífica, servida en platos de oro y de plata; porque José estaba muy rico; pero era tan dulce y tan modesto como cuando no era más que el pobre José. Después que hubieron acabado de comer, José habló en secreto á su Intendente y le mandó llenar de trigo los sacos de sus hermanos, encargándole además que pusiera en aquellos el dinero, como la primera vez y que colocase su copa de plata en el saco del más jóven. Vais á ver que si hacia esto era para asegurarse del cariño de sus hermanos á Benjamin y para probar la bondad ó maldad de sus corazones, en otro tiempo tan pervertidos.

El Intendente hizo lo que José le habia dicho y á la mañana siguiente se pusieron todos los hermanos de éste en camino, con sus asnos cargados de grano. Apenas habian salido de la ciudad, cuando vieron venir corriendo hácia ellos al Intendente de José, que les acusó de haber robado la copa de su amo. Se quedaron en extremo sorprendidos de que se les acusase de tan villana accion y contestaron: nosotros os hemos traído el dinero que habiamos encontrado en los sacos; ¿cómo, pues, habiamos de robar en la casa de vuestro amo ni oro, ni plata? Estaban bien léjos de sospechar que José habia hecho poner la copa en el saco de Benjamin, y llenos de dolor al verse acusados de aquel modo volvieron á decir; que aquel á quien se encuentre culpable, que sea condenado á muerte y nosotros quedaremos todos esclavos de vuestro señor. Ellos hablaban así porque estaban bien seguros de que ninguno de ellos era capaz de robar. El Intendente á quien José habia instruido de todo lo que debia

hacer, les cogió la palabra; y hé aquí que abre todos los sacos y se encuentra la copa de José en el de Benjamin dejando á todos llenos de asombro.

Volvieron á la ciudad muy aflijidos y fueron á arrojarle á los piés de José, el que les declaró después de haberles reprendido, que aquel en cuyo saco se habia encontrado la copa, quedaria esclavo suyo. Entónces Judá, el mismo que habia dicho á Jacob, que él se encargaba de Benjamin, pidió permiso para hablar y manifestó á José que si volvian al lado de su padre sin llevar con ellos al hijo á quien amaba tan tiernamente, le harian morir de pesar.

Ya veis, amigos míos, cuánto habian variado desde aquel tiempo en que vendieron á José; y éste estaba lleno de gozo al ver lo mucho que querian á su padre y al pequeño Benjamin. Yo soy, añadió Judá, quien ha respondido de él á mi padre, tomadme á mi por esclavo en su lugar; porque si vuelvo sin él, la afliccion que sentirá nuestro padre, acabará con su vida.

Cuando oyó esto José no pudo contener las lágrimas, hizo salir á toda su servidumbre y entónces arrojó un gran grito y dijo á sus hermanos. Yo soy José, ¿mi padre vive todavía? Ninguno de ellos pudo responder una sola palabra, porque estaban sobrecogidos de asombro y de temor. El bondadoso José les habló con dulzura y haciéndolos venir junto á él, se expresó así: yo soy José vuestro hermano, aquel á quien vosotros vendisteis para que le llevasen á Egipto. No tengais miedo, y no os afijais por haberme tratado de aquella manera, porque es Dios quien me ha enviado ántes que vosotros á este pais para conservaros la vida y proporcionaros los medios de atender á vuestra subsistencia; todo ha sucedido por la voluntad del Señor. Marchad, decid á mi padre, que Dios ha hecho que sea Gobernador del Egipto, que se apresure á venir, y yo le sostendré, como á todos vosotros, porque el hambre durará todavía cinco años. Vosotros veis con vuestros propios ojos, que es cierto cuanto os digo: contádselo todo á mi padre y traédmele muy pronto. Después de decirles esto, cogió entre sus brazos á Benjamin y le abrazó llorando y

luego abrazó también á todos sus demás hermanos.

¿No es verdad que amais mucho, amiguitos míos, á ese buen José, que perdona de todo corazón á sus hermanos que le habían hecho tanto mal y á los que él llena después de beneficios? Del mismo modo debemos perdonar á aquellos que nos causen algún pesar, en lugar de hacerles daño y de vengarnos; es preciso como José, tratar de hacerles bien. Debeis tener también presente cómo José no olvida nunca que Dios es el que lo gobierna y lo dirige todo. El sabía muy bien que ese Dios bondadoso es nuestro dueño y nuestro padre; y que lo mismo que cuida de un pajarillo, tiene también cuidado de nosotros. No olvidéis jamás, hijos míos, que no cae un sólo cabello de vuestra cabeza, que Dios no lo sepa y lo haya querido.

Cuando Faraon tuvo noticia de que José había encontrado á sus hermanos, se puso muy contento y dijo á aquel que hiciera venir á Jacob con toda su familia.

José hizo, pues, partir á sus hermanos dándoles provisiones para comer en el camino y carros para traer á su padre, sus mujeres y sus hijos. Cuando llegaron á la presencia de Jacob le dijeron: vuestro hijo José vive y es muy poderoso en todo el Egipto. Al oír esto Jacob se llenó de asombro y no quería creerlo; pero cuando le repitieron lo que había sucedido y vió los carros y todo lo que su hijo le enviaba, exclamó: Nada tengo ya que desear puesto que mi hijo José vive todavía; yo iré y le veré antes de morir.

LEYENDAS MORALES,

escritas para los niños

POR

DON JOSÉ MARIA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

CAPITULO VI.

LA REVELACION.

Después del triste acontecimiento que acabamos de narrar, todo era en aquella casa lágrimas y desolación. Una sola persona no sentía como las

demás. Esquivaba la presencia de su familia y no consintió que fuera otro el encargado de cuidar al desgraciado enfermo.

Nuestros lectores comprenderán que nos referimos á D. Simon. Ese hijo desnaturalizado, que se creía causa del trastorno de su padre, opuso una tenaz resistencia á toda clase de comunicacion con el paciente, permitiendo sólo al médico hacerle las necesarias visitas.

Al obrar así trataba de que su perverso y criminal intento no llegara á ser del dominio de la familia, ó tal vez de algún extraño, por los delirios del demente.

D. Simon se había dado muy buenas trazas para explicar satisfactoriamente su presencia y la del cuchillo en el lugar de la catástrofe, pues hizo creer que llegó en el instante en que su padre intentaba poner fin á su existencia con aquel instrumento.

Una vez constituido en vigilante del enfermo no perdió una sola de sus palabras ni uno sólo de sus movimientos.

Su angustia fué mortal cuando el enfermo, en un terrible acceso de la enfermedad, destruyó todos los muebles incluso el en que guardaba el medio millon robado, con lo que el piso de la estancia quedó casi cubierto de monedas de oro y plata.

Entre el precioso metal cada uno de cuyos pedazos era un mudo acusador del demente, cayó el recibo firmado por el Sr. Zabaleta. A la vista del papel inicualemente sustraído al mejor de los amigos, el desventurado loco se manifestó en extremo furioso.

Una noche cesaron de repente los recios golpes y las tremendas voces con que el enfermo atormentaba á su desolada familia, cosa que llamó la atención de su eterno guardian, quien observando por una abertura practicada en la puerta creyó ver pacífico á su padre aunque murmuraba algunas palabras incoherentes que D. Simon no pudo comprender.

Algunas horas se deslizaron sin que este retirara ni un sólo instante sus ojos de aquella abertura, sin que podamos asegurar si su espíritu sufría á la vista de la inmensa desgracia que pesaba sobre su padre, porque la cara del atento observador no expresó en todo este tiempo más que una completa indiferencia.

Al amanecer, el enfermo se irguió como luchando por desembarazarse de un adversario que le tenía sujetos los brazos. En su semblante se marcó el terror y el espanto; y, continuando en su comenzada lucha, dejó oír clara y distintamente algunas frases que al fin hicieron contraerse el impasible rostro de su carcelero.

— ¡Sí! me soltais... gritaré; articuló con la mayor rabia el desventurado.

— ¡Sí... gritaré y os tendrán por un salteador de... caminos.

Al pronunciar la última palabra la escena cambió de aspecto.

Intentó huir, sonaron algunas monedas, que movió con los pies, y como si aquel sonido le recordara el cumplimiento de un imperioso deber ó la ejecución de un pensamiento preconcebido,

llevó su dedo índice á los labios como imponiendo silencio, miró á todas partes y se puso á recoger las monedas.

—¡Ah... sí!... ya se me olvidaba contar hoy estos cuartos...

Y pasando y repasando de una mano á otra con celeridad suma dos ó tres onzas de oro, llegó contando hasta ochenta ó noventa, concluyendo por arrojarlas con toda su fuerza.

Después de un breve intervalo de silencio, el enfermo comenzó á dar grandes voces.

—Sí... sí... estábamos ajustando las cuentas... Había firmado el recibo... cuando llegó su hijo.

Y hecho tras hecho reveló el robo, la lucha en el campo con el Sr. Zabaleta y por último el encuentro con su hijo en la estancia donde estaba encerrado; todo lo cual oyó D. Simon, sin dejar su puesto más que para asegurarse de que nadie escuchaba.

Digamos en honor de la verdad que esta vez corrieron las lágrimas de D. Simon. Retirándose de la puerta que con tanto afán custodiaba, ocultó el rostro entre sus manos y prolongados sollozos purificaron por algún tiempo aquella alma cerrada hasta entonces á todo sentimiento generoso.

D. Simon sintió la vergüenza de su conducta, su espíritu se disponía indudablemente al arrepentimiento, arrepentimiento que se hubiera verificado si, en los supremos instantes en que su corazón se manifestó sensible por primera vez en su vida, una persona conocedora de los antecedentes de la casa le presentara el sombrío cuadro de su negro porvenir, la fealdad del incalificable crimen que intentó contra la fortuna y la vida de su padre, toda la extensión del tremendo castigo que merecía, el terrible anatema, en fin, que sin cesar acusaba á su manchada conciencia.

Pero D. Simon se encontró sólo; y como jamás había gustado el placer de los buenos, ni pudo sostener siquiera esa lucha que entre el bien y el mal siente á veces el hombre dentro de sí propio. Contra su maldita educación, contra sus perversas inclinaciones, no pudo oponer más que un momento de sensibilidad y esto no era bastante: porque ¿quién á la vista del lastimoso estado de su padre no se hubiera conmovido?

Repetimos que á D. Simon le faltó un padre Ambrosio ó un ángel salvador que disipara las tinieblas de su espíritu con la luz refulgente de evangélicos consejos, que derramara sobre su corazón enfermo el bálsamo consolador del cariño desinteresado, que le hiciera saber en toda su majestuosa verdad la existencia de esa vida eterna que alcanzan los que en la efímera de este mundo practican las virtudes cristianas, únicas capaces de colocar al hombre á la altura de su deber.

A los pocos días de este acontecimiento la campana de la iglesia del caserio anunciaba, con su tañer misterioso, reposado y característico, la muerte de algún vecino: el padre de D. Simon había dejado de existir.

D. Simon, no obstante su absoluta reserva y seguridad de que sólo él era dueño del secreto revelado por su padre, tuvo que pasar por la amar-

gura de las murmuraciones de sus vecinos y principalmente de sus vecinas, quienes sin saber una palabra de cierto, le señalaban instintivamente como causa de los males que afligían á su familia.

Difícil es la explicación satisfactoria de este fenómeno universal, por lo que haríamos bien en contentarnos con saber que es cierto. Tiene lugar un hecho notable en un pueblo cualquiera; el hecho se consumó en medio del más impenetrable misterio; al principio se comenta el hecho, pero poco más tarde, ese mismo pueblo no se satisface con narrar lo acontecido, sino que evocando recuerdos busca el autor y concluye al fin por señalarle con la misma seguridad que puede hacerlo un cómplice á un espectador sereno. Ciertamente el conjunto de antecedentes puede encauzar la opinión aplicando ese buen sentido que suele tener un pueblo cuando no le guía otro móvil que el desagravio de la justicia; pero no podemos menos de confesar que hay en todo ello mucho de providencial.

(Se continuará.)

LA APUESTA.

En un ameno jardín
Que riega arroyuelo claro,
La Abeja y la Mariposa
Una tarde se juntaron,
Y después de saludarse
Parece ser que tratando
De cosas indiferentes
Por incidencia tocaron
Un punto sobre costumbres.
Los insectos en el acto
Sobre el asunto espusieron.
Pareceres encontrados:
Viendo la Abeja que pruebas,
Razones y comentarios,
Dejan á la Mariposa
Con sus groseros engaños,
La dice:—Pues que en la teórica
Somos de pensar contrario,
Pasaremos á la práctica;
—Corriente.

—Pues apostamos
A la que más pronto elija
De aquel delicioso cuadro,
Al par que la flor más útil
La flor más bella:

—Aceptado.

Y entre rosas y jazmines
Tendieron su vuelo raudo.
El cáliz la Abeja elije
De la violeta. En tanto
La Mariposa revuela
Y sin quererlo, al acaso
Dió con la inodora dalia
Que aunque inodora muy alto
Su cáliz altivo ostenta.
Nuestra Mariposa—¡Bravo!

Se dijo, tú eres mi flor,
Contigo la apuesta gano.
Vueltas daba en la corola
Con orgullo y desenfado,
Y al asomar la cabeza
Viendo á la Abeja debajo
Escлама en tono insultante:
—¡Te has lucido! ¡Te has portado!
Buen gusto tuviste á fé,
En la flor más ruin del campo,
Te veo... ja... ja... ja... ja...
¡Ay qué discurso, qué tacto!
Y otros mil y mil insultos
Que por ser más breve callo.
La pobre Abeja escuchó
Con calma cinismo tanto;
Más no quiso contestar
Y del cáliz perfumado
Blanda cera y dulce miel
Siguió prudente livando.
*Siempre lo útil merezca vuestro aprecio.
Y los insultos despreciad del necio.*
VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS Y NATURALES.

LECCION CUARTA.

(Continuacion.)

El antiguo continente ó el mundo conocido de los antiguos se compone de la Europa, del Asia y del Africa, que sólo está unido al resto del continente por una pequeña lengua de tierra llamada Istmo de Suez, que ahora se trata de cortar.

El nuevo continente es la América, descubierta hace poco más de tres siglos y medio por Cristóbal Colon. Siete años después que él, otro navegante, llamado Américo Vespucio, hizo en ella nuevos descubrimientos, y de su nombre se llamó América á aquel continente.

Hay, por último, otro tercer continente, ménos grande que los demás, descubierto hace dos siglos, poco más ó ménos, por los holandeses, y por eso se llama Nueva-Holanda, en donde los ingleses han establecido ya multitud de colonias, y cuyo interior es áun poco conocido.

Dejemos á un lado ahora, sin embargo, los continentes para ocuparnos de la distribucion de las aguas que los rodean.

Aunque todos los mares, excepto el mar Carpio, se comunican entre sí y no forman, por tanto, verdaderamente más que uno sólo, llamado en general Océano, éste se divide, para entenderse mejor, en cinco Océanos principales, á saber: el gran océano, entre el Asia y la América; el océano índico, entre el Africa, el Asia y la Nueva-Holanda; el océano atlántico, entre la América, la Europa y el Africa, y en fin, los dos mares glaciales que rodean los polos. Estos diversos mares, introduciéndose en los continentes, forman golfos ó mares interiores, de los cuales hay un gran número. Por ahora no os los menciono detalladamente, por temor de sobrecargar vuestra memoria: más adelante los conoceréis al pormenor.

Para dirigirse en medio de mares tan extensos ha habido siempre algunos medios. Durante el dia pueden formarse cálculos atendiendo al curso del sol, y durante la noche con arreglo á la luna y á las estrellas; pero á veces el cielo está nublado y estos medios son imperfectos: así es que mientras los marinos no han tenido otros guías de sus expediciones, el arte de la navegacion no ha tomado gran vuelo. Pero la invencion de la brújula ha allanado todas las dificultades. Este precioso instrumento indica siempre al viajero, en cualquiera parte en que éste se encuentre, cual es el Norte; y por tanto, conocido el Norte, se sabe tambien hácia dónde caen el Sur, el Este y el Oeste. De tal manera, conociendo de antemano hácia qué punto está el país á donde se quiere llegar, se consulta la brújula y es fácil dirigirse á él. Volvamos ahora á algunas particularidades de los continentes. Una gran parte de su superficie está cortada en diversos sentidos por las aguas de los lagos, los rios y los riachuelos. Los lagos se diferencian de los rios y de los riachuelos en que sus aguas no son aguas corrientes, formando vastos depósitos. Los principales lagos y rios están indicados sobre el mapamundi, así como las más considerables montañas, de las cuales las más altas se encuentran en el centro del Asia, elevándose algunas á siete mil ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Varias de esas montañas tienen en su cima

volcanes, que no son otra cosa que grandes agujeros ó bocas que hay en las mismas, y por los cuales salen con violencia llamas, cenizas, minerales calcinados y torrentes de sustancias en fusion, que descendiendo hácia los valles causan á menudo en las cercanías los más espantosos daños. Las erupciones—es decir los actos en que salen de los volcanes esas llamas y esos torrentes de fuego—son ordinariamente precedidos y acompañados de temblores de tierra que se sienten desde grandes distancias y que trastornan á veces ciudades enteras. Uno de los volcanes más conocidos es el del Vesubio que está cerca de Nápoles, en Italia, á la orilla del mar.

La primera erupcion del Vesubio, de que la historia hace mencion, tuvo lugar ya hace cerca de mil ochocientos años, y enterró bajo inmensos montones de cenizas, piedras y sustancias derretidas, dos ciudades que entónces existian en las cercanías de Nápoles, y que se llamaban Pompeya y Herculano: ambas han permanecido así sumergidas en la tierra durante centenares de años, hasta que á principios del siglo pasado un paisano, ahondando un pozo, se encontró con columnas y otros restos de un antiguo edificio. Algunos años después el gobierno napolitano hizo practicar excavaciones grandes en aquellos contornos, y se descubrieron las dos ciudades que os dejo mencionadas, y ya hoy están, en muchos puntos, desembarazadas de la capa enorme que las cubria. Ya podeis concebir cuán importantes han sido semejantes hallazgos para el conocimiento de muchas cosas relativas á los tiempos antiguos: en el dia multitud de viajeros se dirigen incesantemente á aquellas ruinas, ya para estudiarlas detenidamente con mirascientíficas, ya para observarlas simplemente por curiosidad. Pompeya y Herculano, sumergidas como lo fueron de repente, y preservadas por lo mismo bajo tierra de las injurias del tiempo, renacen ahora, por decirlo así, tales como estaban entónces, y nos revelan una multitud de detalles curiosísimos sobre el género de vida de sus antiguos habitantes.

(Se continuará.)

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

POR SEMITT.

EL CORDERITO.

(Continuacion.)

Hé ahí una hija excelente. dijo la señora de Waldeim á Emilia, después que la pequeña vendedora de fresas se hubo marchado. Aunque ella es pobre, es un modelo de orden y de limpieza. Pero el amor que tiene á su madre es superior á todo; un corazon como el de Cristina lleno de ternura filial, vale más que un aderezo de diamantes. ¡Oh, mi querida Emilia! Si yo llegase á estar enferma y miserable como la madre de esa pobrecita niña, lo que podria suceder un dia, ¿me cuidarias tú con el desvelo y la ternura que ella emplea en la asistencia de su madre? Emilia que tenia ya los ojos llenos de lágrimas se arrojó al cuello de su madre. ¡Que Dios nos preserve de semejante desgracia! dijo, que me envíe á mí los males y conserve la salud de Vd., mi querida madre; pero si algun dia llegara Vd. á estar enferma, no haria yo ménos por usted, de lo que hace Cristina por su madre. ¡Dios te bendiga, mi querida Emilia! contestó la señora de Waldeim muy conmovida; ten siempre esos buenos sentimientos y serás dichosa. Dios proteje á los hijos que aman y honran á sus padres, y la pobre Cristina verá tambien dias más propicios.»

Entretanto Cristina habia vuelto alegremente al lado de su madre. La contó lo que habia sucedido, y el gozo que experimentó Rosalia, contribuyó con el excelente caldo que su hija le habia llevado, á hacerle recobrar algunas fuerzas. ¡Oh mi querida hija! exclamó juntando las manos y elevandolos ojos al cielo: Dios no abandona jamás á los que le aman. Tengamos confianza en él: cumplamos con nuestros deberes, y no nos separemos del camino de la virtud. Ya ves hija mia, que si por amor hácia mí, no te hubieras ocupado en cojer fresas con tanta asiduidad, si no hubieses seguido mis consejos acerca del orden y de la limpieza, no hubiéramos tenido la dicha de merecer la benevolencia de esa respetable señora y de su encantadora hija. Jamás una buena accion, por poco importante que pueda parecer queda sin recompensa. Dios se vale hoy de corazones generosos para aliviar nuestra miseria. ¡Que sea bendito su santo nombre!

III.

HISTORIA DE LA SEÑORA DE WALDEIM Y DE LA POBRE ROSALÍA.

El dia siguiente era un domingo. Por la tarde Cristina, después de haber arreglado su pequeño ajuar y dado de comer al corderito, se sentó al lado de la cama de su madre, y se puso á leer un libro teniendo cuidado de pronunciar lentamente y con mucha claridad. La tarde estaba hermosísima, el sol poniente penetraba en el cuarto á través de las hojas de la parra, que daba sombra á la venta-

na; y en el momento en que iba á desaparecer, la señora de Waldeim entró de repente con Emilia. ¡Oh mamá, exclamó Cristina, aquí están la señora de Waldeim y su hija!

La pobre enferma se conmovió al recibir esta prueba de bondad. La señora de Waldeim la saludó con afecto y se sentó en la silla que Cristina acababa de dejar para ofrecérsela. Hablando con Rosalia observó el aseo de la habitación, el orden con que estaban colocados los muebles y la limpieza del ajuar. La cama y los vestidos de la pobre enferma, aunque groseros y miserables, estaban también muy limpios. La señora de Waldeim supo con gran satisfacción que era Cristina la que cuidaba de la casa tan perfectamente. Cogió el libro que ésta tenía, le hojeó, alabó su contenido y lo bien que leía la niña, á la que había oído ántes de entrar en la casa. Vió un par de medias, las examinó y quedó muy satisfecha del trabajo de la madre y de la hija.

«Usted no es seguramente de esta aldea, dijo la señora de Waldeim á Rosalia, porque aquí no saben hacer media también como Vd., ni leer como lo hace Cristina. Algun acontecimiento particular os ha conducido sin duda aquí.—Si, un suceso bien desgraciado, contestó la enferma, y comenzó á contar su historia.

«Mi marido era guardabosque de un señor muy rico del otro lado del Rhin. Hacía algunos años que estábamos casados y vivíamos contentos, cuando estalló la guerra. Nuestros amos se marcharon y no pudieron llevarnos en su compañía. Siguiendo sus consejos mi marido abrazó el estado militar. Yo no podía seguirle con mi hija que era entonces muy pequeña y que apenas balbuceaba el nombre de su padre. Nos separamos, vertiendo lágrimas muy amargas, y desde aquel momento no he vuelto á ver á mi pobre marido. Me escribía de tiempo en tiempo que se encontraba bueno; pero de repente supe que se hallaba gravemente herido y poco después que había muerto de sus heridas. No describiré á Vd. un dolor, que fué muy vivo y profundo: mi corazón estaba desgarrado. ¡Oh! ¡si supieseis, señora, qué hombre tan excelente era el que he perdido! No tardé en experimentar una gran miseria. Quise volver á casa de mis padres, pero la guerra los había arruinado y habían muerto de una epidemia que había sobrevenido poco después. Acabada de pesar y de miseria erré de pueblo en pueblo, y finalmente llegué á esta aldea. Esta choza estaba deshabitada y los labradores que viven cerca de aquí, me permitieron que viviera en ella con la condición de enseñar á sus hijas á coser y hacer media. He sufrido mucho, pero Dios ha tenido cuidado de mí y me ha socorrido hasta en este momento en que os ha traído bajo este techo de paja.

La señora de Waldeim, escuchó á Rosalia con mucha atención. Al oírla referir sus desgracias, sus ojos se llenaron de lágrimas. «¡Ah! dijo, mi historia tiene mucha semejanza con la vuestra; pero es más triste todavía. No solamente he perdido á mis padres y á mi esposo, sino también á mi único hijo. Mi marido era coronel de un regimiento de húsares y como el vuestro fué herido

en una batalla en que se había distinguido. Al recibir esta noticia, me fui á reunir con él llevando mis dos hijos, y tuve el triste consuelo de verle aun una vez: murió en mis brazos. Ya podeis figuraros mi posición; me sería imposible describirla. El ejército en desorden, huía por todas partes; los caminos estaban obstruidos. Fuí arrastrada por el tropel con mis dos hijos; Emilia que veis aquí y su hermanito, de edad de cuatro años. Cuando llegamos á las orillas del Rhin, la multitud de los bagajes y de los heridos era tan grande, que no pude acercarme al puente. El sol acababa de ocultarse y aun se batían cerca de nosotros. El estampido de los cañones era terrible y se acercaba cada vez más. Algunos fugitivos se apoderaron de una lancha para ganar la otra orilla y compadecidos de mí, me acogieron con mis dos hijos; pero la lancha estaba tan sobrecargada de gente y los que la conducían tenían tan poca experiencia, que iba á zozobrar. Un oficial que estaba al otro lado del río se apercibió del peligro que corríamos y envió á nuestro socorro dos soldados con una pequeña barca, que llegó en el momento en que la nuestra se iba á fondo. Yo y mi hija á quien tenía fuertemente estrechada entre mis brazos, fuimos salvadas y llevadas medio muertas sobre la ribera; pero mi hijo desapareció y desde entonces me ha sido imposible adquirir noticias suyas.»

(Se continuará.)

CHARADA.

Si nota musical es la primera,
Y nota musical es la segunda,
No será muy difícil que cualquiera
Charada con zarzuela aquí confunda.

Del cráter mi segunda y la que sigue
—Cambiano en v la b como es debido—
Romper la cárcel natural consigue
Con impetu feroz, é interno ruido.

Con ser terciá y segunda tan pesada,
En ciertos casos tan veloz camina,
Que al rayo en ligereza es comparada,
Y cual él rompe, hiere y estermina.

Tercia y cuarta te dice el calendario,
Del tiempo, consultando las estrellas,
Y es mi cuarta, por fin, de aspecto vario
Limpia morada de las linfas bellas.

El todo has de saber, lector querido,
Que es libro conocido de la infancia,
Que con ser de volumen reducido
Grande su mérito es y su importancia.

(La solución en el próximo número)

MAXIMAS Y PROVERBIOS.

El temor de Dios es el principio de la sabiduría.
 —Muchos saben hablar; pero pocos saben callar.
 —Los grandes pensamientos nacen del corazón.
 —El orgullo obliga a hacer tantas bajezas como el interés.

—Las tres cosas más difíciles son: callar un secreto, olvidar una injuria y hacer buen uso del tiempo desocupado.

—El que quiera ser estimado, debe ocuparse poco de sí propio y mucho de los demás.

—Es preciso sufrir con paciencia lo que la justicia de Dios quiere que suframos de la injusticia de los hombres.

Solucion de la charada y enigma del número anterior.

De tu charada y enigma
 Dos palabras te diré,
 RETÓRICA y OBEDIENCIA;
 Su solución esta és. N.

ESCUELA DE LA REAL CASA.

Niños que más se han distinguido en la escuela de la Real Casa.

D. Agustín Peñuela.
 Bonifacio Moreno.
 Ignacio Remolar.
 Joaquín Cominges.
 José Rey.
 Enrique Cuadra.
 Ricardo Pintado.
 José Goñi.
 Andrés Ruvira.
 Ángel García.
 Manuel Díez.
 José María Huerta.

COLEGIO DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA**DE SAN ANTONIO.**

CALLE DE LA PUEBLA, NÚM. 19.

D. César Iglesias.
 Carlos González.
 Baldomero Sánchez.
 Pedro Vigil.
 Juan Martínez.
 Gerardo López.
 Alejandro López.
 Moisés Calatrava.
 Eduardo Beascoechea.
 Eduardo Arroyo.
 Adolfo Naval.
 Emilio Rotondo.

COLEGIO DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

DE SAN IGNACIO,

CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 4.

Clases generales.	Nombres de los alumnos.
Primer año de latin.	D. Serafín Ripoll. José Castro. Alberto Fernandez.
Segundo de latin.	Roman Sevilla.
Tercero de latin.	Federico Gomez.
Primer año del segundo periodo.	José Argota. Enrique Rodriguez Aguado. Julio Camin.
Segundo año del segundo periodo.	Juan Antonio Somoza. Antonio Perez Fiol
Carreras especiales.	Horacio Bentabol. José Argota. Alberto Fernandez Antonio Orio. Enrique Rodriguez Aguado. Julio Camin.
Francés.	Horacio Bentabol. Serafín Ripoll. Luciano Moreno. José Argota. José Aguado. Antonio Esteban. Emilio Muñoz.
Dibujo de adorno, lineal y de figura.	Ramon Graña. Enrique Viñe. Manuel Riesco. Juan Pié. Antonio Orio. Eliseo Gándara.
Aritmética, Geometría y sistema métrico.	Ramon Graña. Antonio Orio. Enrique Viñe. Juan Huertas.
Gramática, Ortografía y análisis.	

Por lo no firmado, el Secretario de la Redaccion,
 VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Eguílaz y Bengoechea.

MADRID:—1867.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE VAZQUEZ,
 calle de San Bernardo, núm. 17.